



Reflexiones sobre Louis Massignon y su legado de diálogo

Herbert Mason



A lo largo de estos años, he llegado a percatarme de que no soy un especialista en Louis Massignon. Transcurridos treinta años desde su muerte, mi convencimiento no ha disminuido.

Cuando lo conocí en persona por vez primera, en 1959, sabía muy poco sobre él y prácticamente nada de su profundo conocimiento sobre el Islam.¹

Después de asociarnos, de la correspondencia que intercambiamos y del trabajo que inicié de traducción de su obra *La Pasión de al-Hallaj* y de otros ensayos cortos², evolucioné, tal como él lo hubiera deseado, de él a Hallāy y a otros personajes y otros temas del sufismo que son mis actuales amigos. Al abrir esta puerta, una puerta que yo no hubiera encontrado ni cruzado solo, demostraba su verdadera forma de acercamiento, su técnica si lo prefieren, de «diálogo con otras culturas». Había transmitido

sutilmente a un extraño como yo otras ideas y personas familiares para él, asumiendo en su casa el papel de anfitrión; y luego, después de compartir conmigo sus experiencias como invitado, con detalles a menudo vívidos en sus narraciones, fue desapareciendo gradualmente de escena.

Este, por supuesto, es el tipo de hospitalidad ideal, pero que raramente se da, entre colegas, profesores, conservadores de colecciones raras, gerentes de donaciones y de fundaciones públicas, incluso entre actores y poetas. Todos han sido llamados a velar por tesoros que los trascienden. Su tentación, sin embargo, por su experiencia y su prolongado contacto con aquellas cosas que les han sido entregadas con la misión de preservarlas y transmitir las, es pretender que son de su propiedad o incluso que ellos las han descubierto.



En suma, sigo disfrutando del privilegio tanto de haber conocido a Louis Massignon como del hecho de no haberme convertido en un experto en él como resultado de nuestra relación. En lugar de esto fui capaz, a través de él, de pasar al otro lado de la puerta y de ofrecer mis propios regalos, en lugar de intentar imitar los suyos, a través de los «diálogos» interculturales que se fueron progresivamente presentando ante mí: encuentros e intercambios epistolares con nuevos e inesperados amigos, que fueron posibles gracias a intereses compartidos sobre arte, poesía, educación, traducción, religión e historia. A día de hoy, valoro sus conocimientos y sus regalos pero, por encima de todo, aprecio su trato generoso y respetuoso hacia mí y hacia los demás y el hecho de que nos facilitara el pasaje hacia otros mundos. Por pequeños que fueran nuestros talentos y vocaciones en comparación con los suyos, nos transmitió a cada uno el reto de encontrar el camino y, apuntando más allá de sí mismo, nos ayudó a encontrar la senda hacia nuestra propia realización.

Pienso que lo importante ahora es considerar cómo deberían ser nuestra enseñanza, nuestros escritos, lo que transmitimos, para mostrar los caminos dentro y más allá de nuestras diversas culturas y apartarnos luego de una forma tan inesperada y con tanta elegancia como lo hacía Louis Massignon. En otras palabras, entablar el diálogo como anfitriones o como invitados, según lo indiquen las circunstancias, sin presunciones de conocimiento ni aspiraciones de posesión. Dicho claramente, el diálogo requiere reconocer las limitaciones propias y mostrar un respeto sincero hacia las diferencias de los demás.

También requiere trascender interiormente nuestros monólogos de mera curiosidad y de comparaciones culturales con brillantes argumentos. El distinguido colega iraquí Majid Khadduri escribió sobre Louis Massignon, en relación con este tema: «Para muchos observadores, parecía que había vivido en dos mundos diferentes, Cristianismo e Islam. Pero, en su interior, no existía tabique alguno que separara lo uno de lo otro»³. Y el propio Louis Massignon dijo y escribió a menudo que había recibido las respuestas a las preguntas de toda una vida de los demás y nunca simplemente de sus propias conceptualizaciones.

El diálogo, de hecho, al llevarnos más allá de nosotros mismos, puede incluso implicar, tal como le ocurrió a él a menudo, emprender lo que pueden parecer «viajes sin esperanza» hacia amigos lejanos en tiempos de tribulación o de guerra para manifestar características humanas como la compasión y la integridad moral, opuestas a las de brutalidad e indiferencia ante el sufrimiento. La disminución del egocentrismo que implican estos gestos personales no convencionales es uno de los frutos más preciosos de la realización de esa hermandad que empieza con el diálogo. Coloca en su verdadero lugar todos los honores y la presunción de experiencia.

Louis Massignon me dijo en una ocasión que había pecado algunas veces en su vida de gran arrogancia. Lo vi mofarse cruelmente de sí mismo por esta razón. Para una persona tan apasionada y resuelta como él, quizá fuera

inevitable este tipo de crueldad. Este tipo de vehemencia moral, el castigarse primero a sí mismo, preferentemente, antes de hacerlo con los demás, puede ser realmente para este tipo de personas una condición necesaria para un diálogo más amplio: vehemencia en nombre de los demás, vehemencia por la verdad, por la justicia, con un espíritu compasivo que las consume. Pero, en algunos, la vehemencia puede ser sustituida por una expresión menos dramática de los sentimientos, aunque no por eso menos sincera: a menudo mediante el silencio, o por una sorprendente serenidad profunda, incluso en medio de una reyerta.

Una persona espiritualmente calmada no se vuelve más humana por adoptar la vehemencia de un gran hombre. Louis Massignon no era propenso a la calma, pero transmitía un gran sustento espiritual a aquellos a los que ayudaba a encontrar la serenidad. Enseñó mucho acerca del diálogo y sobre cómo vivir con humanidad en un mundo poco sereno.

Louis Massignon fue más allá que muchos en la tarea de descubrir y de compartir una visión del mundo más amplia que la suya propia. A veces, debido a sus gestos excepcionales, algunos quisieron equiparlo con su país, como su auténtico representante, y puede que él también estuviera tentado de asumir para ellos la misma equiparación. Este es uno de los riesgos del diálogo. Pero su legado debe ser, más allá de sus grandes enseñanzas, no la presunción de conocimiento entendida como poder, sino aquello que su manera de apartarse hizo posible para nosotros: esos viajes, repetidos y nuevos, que emprendió, a veces sin esperanza aparentemente, y que prosiguió hasta el final, a pesar de los impedimentos y de la edad.



Texto de una conferencia leída en francés en la UNESCO en diciembre de 1992 en un «Coloquio sobre el diálogo de las culturas» en conmemoración del 30 aniversario de la muerte de Louis Massignon.

Notas

- 1.- Véase mi obra *Memoir of a Friend*, Notre Dame University Press, 1988 (*Massignon, Chronique d'une amitié*, Desclée de Brouwer, 1990)
- 2.- *The Passion of al-Hallaj*, 4 vol., Bolingen Series, Princeton University Press, 1983 (versión de 1993); *Testimonies and Reflections, Essays of Louis Massignon*, Notre Dame University Press, 1989.
- 3.- Extracto de *Testimonies and Reflections*.

